

Domingo II de Adviento Ciclo B



10 de diciembre de 2023

Is 40 1-5.9-11

Sal 84

2Pe 3, 8-14

Mc 1, 1-8

P. Eduardo Suanzes, msp

Este domingo segundo de Adviento nos presenta la figura de Juan el Bautista, clave y determinante en este tiempo. Un Juan que ha vivido toda su vida en el desierto y que, de pronto, aparece en la ribera del Jordán con un aspecto extraño, con una vestimenta propia de locos, como lo hizo cientos de años atrás el profeta Elías, y con una dieta alimenticia nada habitual. Irrumpe Juan, aparece en escena, con una manera de ser, un anuncio y una misión totalmente a contracorriente. Él, nos dice Marcos, es de quien dijo el profeta Isaías: «Una voz grita: En el desierto preparen un camino al Señor, enderecen sus senderos». En el desierto se pide hacer lo imposible, una obra de ingeniería descomunal: preparar un camino, enderezar los senderos... Eso, se hace en el desierto.

Me parece a mí que nosotros deberíamos hacer como hizo Juan durante este tiempo de Adviento. Existe, a mi parecer una condición para vivir el Adviento, y es vivir en el desierto. Naturalmente no estamos hablando de un desierto físico, es decir, no nos tenemos que ir al desierto de Gobi, ni al Sahara; tampoco al de Sonora. No es fácil encontrar el desierto, porque precisamente nos atrae todo lo contrario y porque nos repugna y rechazamos el hecho de quedarnos desarmados y sin control. Pero el Adviento no es un tiempo fácil. Una característica del desierto es, pues, que **en él se pierde el control**.

Pero otra característica interesante del mismo es que, para que un desierto sea tal ha de ser **inmenso**. Cuando pensamos en el desierto pensamos en algo grande. Un trozo de arena no es un desierto; la puedo tener en el patio de mi casa y no digo que sea un desierto. Un desierto es descomunal. A un desierto, aunque los tenga, no se le ven los límites. ¿Qué nos dice esto? Pues nos dice que irse al desierto es abandonarse por completo en Dios sin apoyos, sin control sobre mí. Irme a un “desierto casero” donde veo los límites, donde controlo la situación, no es un desierto. Irse al desierto es abandono solo en la misericordia, sin control, sin ver los límites; **es abandonarse del todo al Todo**. Por eso se nos hace difícil afrontarlo, lanzarnos a él. ¿Lanzarme sin seguridades, sin ninguna condición? ¿Sin paracaídas? ¡De eso nada! Siempre buscamos un agarre, una red que nos proteja de la caída.

La tercera característica del desierto es **la soledad**. No nos confundamos: esta soledad íntima del alma no está reñida con la vida comunitaria ni con la vida de familia. Recuerden, no estamos hablando de un desierto físico. ¿Por qué esta llamada a la soledad en el Adviento? Porque en la soledad Dios habla al corazón: «La seduciré, la llevaré al

*desierto y le hablaré al corazón»*¹, y entonces «*te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yahveh*»². Así hablaba Dios de su pueblo que para él era como una esposa. Es, como si en este tiempo especial se nos pida que busquemos «escondernos» en Dios de tal forma que nos sumerjamos en nuestro espacio íntimo como si fuera una profundísima y anchísima soledad, donde no puede llegar nadie más que Dios y tú³. Además, el Adviento está para discernir el camino que he de seguir en el encuentro con Jesús que viene. Y todo discernimiento, para que sea auténtico hay que hacerse en soledad. Por eso Jesús buscaba los espacios solitarios para comunicarse con el Padre.

Una cuarta característica del desierto es **el silencio**. Recuerden aquel pasaje de Elías en el monte Horeb donde el profeta solo pudo encontrar a Dios en el susurro cayado del viento, en la brisa suave y silenciosa del Espíritu⁴. ¿Por qué esto es así? Porque nuestro ser profundo, nuestro yo interno es tan secreto como Dios mismo. Cuando somos capaces de llegar a él nos damos de bruces con Dios mismo. El camino es largo, es verdad, pero el Adviento es una buena ocasión, la mejor, para dar el primer paso; y el primer paso es buscar momentos de silencio para avanzar hacia ese encuentro⁵.

Y, por último, el desierto es **el vacío** y el Adviento es un misterio de vaciamiento, de pobreza, de limitación. Debe ser así. De otro modo no podría ser un misterio de esperanza. En efecto; desierto es aquel espacio interior donde existe el vacío. Es decir, quien vive el Adviento desde aquí está sencillamente desarmado ante la misericordia y podrá ser fácilmente abatido, embestido, por ella. El misterio de Adviento es un misterio de comienzo: pero también es el misterio de un fin. La plenitud del tiempo es el final de todo lo que todavía estaba incompleto, todo lo que todavía era parcial. Es el cumplimiento en unidad de todo lo que era fragmentario. El misterio de Adviento en nuestras vidas **es el comienzo del fin de todo lo que en nosotros no es todavía Cristo**. Es el comienzo del fin de la irrealidad, de nuestro yo irreal. Y eso, sin duda, es motivo de alegría. Pero por desgracia nos aferramos a nuestra irrealidad, preferimos la parte al todo, continuamos siendo fragmentos, no queremos ser «un solo ser en Cristo»⁶.

Durante el Adviento se nos advierte, se nos llama la atención, sobre este particular: «estén alerta, que no se entorpezca, que no se embote, su mente». El Adviento es la invitación a mantener la hoguera encendida mirando hacia el horizonte, como hacen los náufragos esperando atentos la luz salvadora a lo lejos. El Adviento descubre el camino a los que tienen la hoguera encendida y miran al horizonte, es decir, a los que tienen la esperanza. La esperanza es la virtud por excelencia de los que quieren llegar al nuevo día, de los que viven perdidos en una isla remota y quieren llegar al auténtico hogar.

¹ Os 2,14

² Os 2,22

³ Cfr. JUAN DE LA CRUZ. *La noche oscura*, 17,6

⁴ Cfr. 1Re 19, 9ss

⁵ Cfr. THOMAS MERTON, *La Experiencia Interna*, 812

⁶ Cfr. THOMAS MERTON, *Tiempos de celebración*